

11. EN EL CAMINO A LO GLOBAL: SEGUNDA PARTE

P: Estábamos hablando de las transformaciones internas que tienen lugar «en el camino que conduce a lo global» y de todos los problemas que pueden obstaculizar la emergencia de esta conciencia global.

KW: Sí. Y habíamos arribado al punto en que tiene lugar el cambio de paradigma que conduce de la modalidad de conciencia preconventional a la modalidad convencional (desde el fulcro 3 hasta el fulcro 4), un cambio que resulta especialmente evidente en la capacidad de asumir el rol de los demás. Y, a lo largo de todo este proceso, podemos advertir una *continua disminución del egocentrismo*, puesto que la evolución global del ser humano -el telos del desarrollo humano- apunta hacia estados cada vez menos egocéntricos.

Pero la batalla evolución versus egocentrismo es también la contienda arquetípica global del universo. El impulso evolutivo a producir más profundidad es sinónimo del impulso a superar el egocentrismo, a descubrir totalidades cada vez más completas y a desplegar unidades cada vez más elevadas. En este sentido, la molécula es menos egocéntrica que el átomo y la célula, a su vez, menos que la molécula. Y en ningún caso resulta más patente este rasgo que en el desarrollo humano.

Evolución versus egocentrismo

P: De modo que la evolución consiste en una continua disminución del egocentrismo.

KW: Así es, un continuo *descentramiento*. Veamos ahora una cita de Howard Gardner que resume perfectamente la investigación que se ha realizado en este sentido.

Gardner comienza señalando que el desarrollo se caracteriza por «una disminución del egocentrismo». Según él «el niño es completamente egocéntrico, lo cual no quiere decir que sólo piense egoístamente en sí mismo puesto que, de hecho, es incapaz de pensar en sí mismo. El niño egocéntrico es incapaz de diferenciarse del mundo, todavía no se ha separado del mundo, todavía no se ha diferenciado de los demás ni de los objetos. Es por ello que cree que todos participan de su sufrimiento o de su placer, que sus protestas serán inevitablemente comprendidas, que su perspectiva es compartida por todas las personas y que hasta las plantas y los animales participan de su conciencia. Cuando juega al escondite cree que basta con que él no vea a los demás para que éstos no le vean a él porque su egocentrismo le impide reconocer que los demás son conscientes de su ubicación. El proceso de desarrollo humano puede ser considerado como una *continua disminución del egocentrismo...*»

P: ¿De modo que el narcisismo, o el egocentrismo, es *mayor* en el fulero 1 y, a partir de ese estadio, va disminuyendo gradualmente de manera continua?

KW: Exactamente. ¡A menor diferenciación mayor narcisismo! En el momento en que la identidad del niño deja de ser fisiocéntrica y pasa a ser biocéntrica -cuando pasa del fulero 1 al fulero 2- el egocentrismo disminuye un poco. A partir de entonces, el niño ya no trata al mundo físico como una prolongación de sí mismo por la sencilla razón de que su identidad física ya se ha diferenciado del mundo físico. Pero el yo emocional y el mundo emocional todavía no se han diferenciado, por ello sigue todavía considerando al mundo emocional como una extensión

de sí mismo y el narcisismo emocional se halla en su punto culminante. El yo biocéntrico o ecológico propio del fulero 2 es todavía profundamente egocéntrico y considera que lo que él siente lo está sintiendo todo el mundo.

Con la emergencia del yo conceptual (fulcro 3) tiene lugar una nueva disminución del narcisismo. El yo es ahora un ego conceptual, pero ese ego rudimentario sigue siendo muy narcisista, preconventional y egocéntrico y todavía no puede asumir el papel de los demás.

Por este motivo, en ocasiones resumo todo este proceso de disminución del narcisismo como una secuencia que va del fisiocentrismo al biocentrismo y luego al egocentrismo, tres estadios sucesivos en los que el egocentrismo es cada vez menor. Y, en el momento en que aparece la capacidad de *asumir el rol de los demás*, la perspectiva egocéntrica experimenta otro cambio radical y pasa de ser *egocéntrica* a ser *sociocéntrica*.

El fulcro 4 (Continuación): Los guiones de la vida social

P: En otras palabras, el fulcro 4.

KW: Sí. En mi opinión, lo realmente importante, en este estadio, no es tanto cómo me *relacione* con *mis impulsos* sino cómo lo haga *con mis roles*, con mi grupo, con mis compañeros o -en un sentido algo más amplio- con mi región, mi país o mi gente. Ahora puedo asumir el rol de los demás y la forma en que me relacione con ellos resulta crucialmente importante. He experimentado un nuevo *descentramiento*, me he diferenciado una vez más, he trascendido una vez más y mi ego ha dejado de ser ya el centro del universo.

De modo que la actitud sociocéntrica constituye una transformación radical, un cambio fundamental de paradigma, una renuncia a las actitudes egocéntricas propias de los tres primeros fuleros. Pero debe advertir que, si bien la aparición del fulcro 4

supone la expansión de la consideración y el respeto desde mí hasta mi grupo... ¡no va, sin embargo, más allá de él! Y, si usted es miembro de mi grupo -de mi tribu, de mi mitología o de mi ideología-, también será «salvado», pero si pertenece a una cultura diferente, a un grupo diferente, a una mitología diferente o a un dios diferente, será condenado.

Con ello quiero decir que la actitud sociocéntrica o convencional tiende a ser muy *etnocéntrica*. La consideración y el respeto se han expandido desde mí hasta mi grupo... y eso es todo.

Es por ello que califico a esta postura convencional o sociocéntrica con el término de *mítico-pertenencia*. La visión del mundo propia del fulero 4 todavía es mitológica y la atención y el respeto se expanden hasta incluir a quienes participan de la misma mitología, la misma ideología, la misma raza, el mismo credo, la misma cultura... pero no más allá. Si usted comparte mi mito será mi hermano o mi hermana, pero en caso contrario puede irse perfectamente al infierno.

En otras palabras, he experimentado un descentramiento desde mi ego hasta mi grupo pero todavía no puedo descentrarme de mi grupo que sigue siendo entonces el único grupo del universo. Todavía no puedo pasar de una actitud sociocéntrica y etnocéntrica a una actitud auténticamente *mundicéntrica* o universal, una actitud descentrada, universal y pluralista. ¡Aunque es cierto que hacia ella me dirijo lentamente! Es como si me hallara en camino a lo global y cada una de las distintas etapas de este camino supusiera un profundo descentramiento, una disminución del egocentrismo, una reducción del narcisismo, una trascendencia de lo superficial y un despliegue de lo profundo (palabras diferentes, todas ellas, para expresar la misma cosa, el mismo telos de la evolución).

De hecho, el siguiente paso, el fulcro 5, implica el acceso a la actitud postconvencional, global o mundicéntrica.

P: Muy bien. Prosigamos, pues, con el fulcro 4, en el que la identidad deja de ser egocéntrica y pasa a ser sociocéntrica.

KW: Bien. El yo ha dejado ya de estar exclusivamente atado

al cuerpo y a sus impulsos inmediatos pero todavía sigue atado al mundo de las *reglas y los roles*, todavía debe atenerse a *guiones*, roles y reglas aprendidas.

Muchos de estos guiones son absolutamente necesarios, son los medios a través de los cuales el sujeto va más allá de sí mismo y penetra en el círculo intersubjetivo de la cultura, en el ámbito de la consideración, el respeto, la relación y la responsabilidad, una dimensión en la que el sujeto empieza a ver en los demás su propio yo expandido y, en consecuencia, su consideración se expande hasta llegar a incluirlos. Es entonces cuando usted puede comenzar a ver el mundo a través de los ojos del otro y descubre una conciencia superior que resplandece más allá de los confines del yo y de lo mío.

Pero algunos de estos guiones pueden estar distorsionados y ser inadecuados, en cuyo caso nos encontramos con una «patología de guiones». En tal caso, la persona dispondrá de máscaras y mitos sociales falsos y dañinos: «soy una mala persona, no soy bueno, nunca puedo hacer nada bien».

Los falsos guiones son, en suma, la forma que asume la mentira en este nivel y esas mentiras sociales son las que alimentan el falso yo. No es sólo que se ha desconectado de sus emociones, sino que también ha perdido el contacto con el yo que podría ser en el mundo cultural, ha perdido el contacto con todos los roles positivos que podría asumir si no estuviera repitiéndose de continuo que no puede hacerlo.

P: Y ése es, precisamente, el objetivo de la terapia cognitiva.

KW: Así es. Y también la terapia familiar, del análisis transaccional y de la nueva escuela de la terapia narrativa, por nombrar sólo a unas pocas. En ellas ya no se trata tanto de volver al pasado y a los primeros fulcros para tratar de desenterrar y descubrir alguna emoción o impulso sepultado (aunque tal cosa también puede ocurrir), sino de hacer frente a las reglas, los guiones y los juegos falsos y distorsionados, guiones que no están basados en la evidencia presente, guiones irreales, mitos, en suma, que no resisten la evidencia racional.

Aaron Beck, uno de los pioneros de la terapia cognitiva, por ejemplo, ha descubierto que muchas personas deprimidas responden a una serie de guiones o creencias falsas que no dejan de repetirse como si fueran ciertas. Cuando estamos deprimidos *sólo mentamos a nosotros mismos* («el hecho de que no le guste a esta persona significa que no le gusta a ^{nadie}», «si fracaso en esto significa que fracasaré en todo», «si no hago bien este trabajo mi vida entera perderá todo su sentido», «si ella no me quiere nadie me querrá», etcétera, etcétera, etcétera).

Tal vez estos falsos guiones comenzaron a establecerse en algún Fulcro anterior, quizás el fulcro 3, el 2 o incluso antes. Y la tarea de un terapeuta de orientación psicoanalítica (de un terapeuta que utilizase «técnicas de descubrimiento») sería la de tratar de desenterrar estos tempranos traumas y descubrir por qué la persona está generando esos mitos (o esas creencias mágicas o esos impulsos arcaicos).

Pero el quehacer de un terapeuta cognitivo, por su parte, consiste en afrontar directamente esos mitos. En tal caso, le pedirá a la persona que preste atención a su diálogo interno, que descubra esos mitos y que los exponga a la luz de la razón y la evidencia hasta que pueda llegar a la conclusión de que «el hecho de que no haga bien este trabajo no tiene por qué significar que mi vida pierda todo su sentido».

P: La mayor parte de las terapias parecen trabajar a este nivel.

KW: Ciertamente muchas de ellas así lo hacen. Muchas terapias, concretamente las terapias de tipo interpretativo, suelen recurrir a una amalgama de técnicas propias de los fulcros 3 y 4. Gran parte de la terapia consiste simplemente en hablar de sus problemas y el terapeuta deberá permanecer lo suficientemente atento como para advertir cualquier guión distorsionado que afirme que usted es una mala persona, que no es bueno, que es un fracaso, etcétera, hasta descubrir el falso yo, construido sobre el mito y el engaño, que se ha hecho cargo de su vida. Y el terapeuta le ayudará a erradicar estos falsos guiones y a reemplazarlos con interpretaciones más realistas de usted mismo, con *interpre-*

taciones más veraces de su interioridad, para que el falso yo pueda terminar dejando paso al yo real.

Tal vez estos terapeutas no utilicen términos como «guiones», «mitos» y «análisis narrativo», pero eso es generalmente lo que implica el fulcro 4, la patología de guión. Los mitos generan síntomas, pero basta con exponer los mitos a la luz de la evidencia para que los síntomas desaparezcan. La idea es que, cuando *piense* de manera diferente, comenzará a *sentir* de manera diferente.

Pero cuando la persona se encuentra con sentimientos, emociones o impulsos que no puede reconocer o con los que no puede *operar*, el terapeuta suele tender a utilizar «técnicas de descubrimiento». ¿Cuáles son sus *sentimientos* al respecto? ¿Cuál es la *sensación* que experimenta? Y entonces el terapeuta puede descubrir que hay ciertos sentimientos e impulsos con los que usted no se encuentra a gusto, que usted tiene ciertas «emociones reprimidas» y, en tal caso, la terapia deberá orientarse a desenterrar esas emociones reprimidas.

Así pues, la terapia suele recurrir a una combinación entre el análisis de guiones propio del fulcro 4 y las técnicas de descubrimiento propias del fulcro 3, aunque los distintos terapeutas puedan aportar una amplia variedad de herramientas y técnicas al proceso.

(Las patologías propias del fulcro 1 son tan severas que suelen requerir el concurso de un psiquiatra y la correspondiente prescripción farmacológica. El fulcro 2, por su parte, constituye el dominio de los terapeutas especializados en las técnicas de construcción de estructura, técnicas propuestas por Kemberg, Kohut, Masterson y Blanck and Blanck, en base al descubrimiento crítico realizado por Margaret Mahler que en breve pasaremos a discutir.)

El fulcro 5: El ego mundicéntrico o maduro

P: Con lo cual llegamos al fulcro 5.

KW: Entre los 11 y los 15 años aparece, en la cultura occi-

dental, el estadio de las operaciones formales (al que, en la Figura 5. 2, denominamos «formop»). Del mismo modo que la estructura operacional concreta podía operar sobre el mundo concreto, la estructura formop permite operar sobre el pensamiento. Ya no se trata sólo de pensar sobre el mundo sino de pensar sobre el pensamiento, algo, por cierto, que no es tan árido y abstracto como puede parecer a simple vista.

Hay un experimento clásico al que Piaget solía echar mano cuando quería ejemplificar esta emergencia, este cambio de paradigma, este extraordinario cambio de visión del mundo. Este experimento consistía, en pocas palabras, en entregar tres vasos de líquido transparente y pedir a los sujetos que los mezclaran hasta conseguir un color amarillento.

Los niños que se hallaban en el estadio de las operaciones concretas mezclaban simplemente los líquidos al azar hasta que conseguían dar con el color adecuado o terminaban aburriéndose y renunciaban al intento. Dicho en otras palabras, estos niños trataban de llevar a cabo *operaciones concretas* y hacían las cosas de una forma muy concreta.

Pero los adolescentes que se hallaban en el estadio de las operaciones formales, por su parte, comenzaban haciéndose una idea global de lo que ocurría cuando mezclaban A con B, B con C, A con C, etcétera. Y, en el caso de que usted les preguntara qué era lo que estaban haciendo, respondían algo así como «quiero saber qué es lo que ocurre con cada una de las posibles combinaciones», es decir, seguían un determinado esquema mental que les llevaba a intentar *todas las combinaciones posibles*.

P: Parece algo muy aburrido y muy abstracto.

KW: Pero en realidad es exactamente todo lo contrario, porque eso significa que la persona está en condiciones de comenzar a imaginar posibles mundos diferentes. Por primera vez puede comprender «qué es lo que ocurriría en el caso de que...» y pensar en analogías del tipo «como si», lo cual abre las puertas al mundo del auténtico soñador. A partir de entonces aparece la posibilidad de un mundo ideal y la conciencia de la persona puede

soñar en cosas que no se hallan presentes, imaginar posibles mundos futuros y hacer lo necesario para transformar al mundo en función de esos sueños. ¡Imagine lo que eso debe suponer! Así es la adolescencia, pero no debido a la maduración sexual sino a causa de los *posibles mundos* que se despliegan ante el ojo de la mente, ya que es «la edad de la razón y de la revolución».

Asimismo, el hecho de pensar sobre el pensamiento posibilita la auténtica introspección. Por vez primera el mundo interno se abre ante el ojo de la mente y el espacio psicológico se convierte en un nuevo y excitante territorio. Las imágenes internas danzan en el interior de la cabeza y esta vez no proceden de la naturaleza externa, del mundo mítico o del mundo convencional sino de una extraña y milagrosa voz interior.

Y esto implica algo muy importante porque el hecho de poder pensar sobre el pensamiento permite *enjuiciar* los roles y las reglas que, en el estadio anterior, sólo podía asumir de un modo completamente irreflexivo. En ese punto, la actitud moral pasa de ser convencional a ser *postconvencional* (ver Figura 9. 3). A partir de ese momento, usted puede *criticar* a la sociedad convencional. El hecho de «pensar sobre el pensamiento» le permite «juzgar las normas». Tal vez termine estando de acuerdo con las normas, pero el hecho es que también puede cuestionarlas y llegar a estar en desacuerdo con ellas. Ya no está simplemente identificado con ellas sino que se ha distanciado y, en cierto sentido, las ha trascendido.

Este, por supuesto, es el proceso trifásico característico del paso del fulero 4 al fulero 5. Al comienzo, uno se halla *fundido* con las reglas y con los roles convencionales, confundido con ellas, *identificado* con ellas (y, en consecuencia, se encuentra a su merced y es un auténtico conformista). Luego comienza a *diferenciarse* de ellas y a *trascenderlas*, *logrando* así una cierta libertad que le permite pasar al siguiente estadio superior (fulcro 5), en donde todavía deberá *integrar* estos roles sociales, pudiendo, en tal caso, ser padre, pero sin perderse en ese rol. El hecho es que, hablando en términos generales, usted se habrá separado, se ha-

brá diferenciado de la identificación exclusiva con los roles sociocéntricos y comenzará a cuestionar la adecuación o inadecuación de nuestras visiones sociocéntricas y etnocéntricas, algo que, anteriormente, no sólo no quería -sino que tampoco podía siquiera- cuestionar.

En suma, el paso de lo *sociocéntrico* a lo *mundicéntrico* supone otra disminución del narcisismo, otro descentramiento, otra transcendencia. Usted quiere saber qué es lo correcto y qué es lo adecuado, pero no sólo para su pueblo sino para todo el mundo. Entonces es cuando asume una actitud postconvencional, global o mundicéntrica. (Y, lo que es más importante, se aproxima a una actitud auténticamente espiritual o transpersonal.)

En esta transformación que va de lo sociocéntrico a lo mundicéntrico el yo experimenta un nuevo descentramiento: mi grupo no es el único, mi tribu no es la única, mi dios no es el único y mi ideología tampoco es la única ideología del universo. Anteriormente pasé de lo egocéntrico a lo etnocéntrico y mi ego se descentró en el grupo; ahora, en cambio, he pasado de lo etnocéntrico a lo mundicéntrico y mi grupo se ha descentrado en el mundo.

Se trata de una transformación realmente difícil pero, cuando tal cosa ocurre -lo cual es muy infrecuente porque a mayor profundidad menor amplitud-, nos encontramos con la primera actitud auténticamente universal, global o mundicéntrica.

Por vez primera en todo el proceso de desarrollo y evolución de la conciencia disponemos de una perspectiva mundicéntrica o global. ¡Un viaje realmente muy largo por una carretera muy pedregosa en el camino que conduce a lo global!

Y, lo que es más importante, esta plataforma mundicéntrica constituye el trampolín para acceder a cualquier desarrollo posterior superior. Se trata de un cambio irreversible, de una transformación que no tiene posible vuelta atrás puesto que, una vez que contempla el mundo desde una perspectiva global, ya no puede dejar de hacerlo.

Por primera vez en el curso de la evolución, el Espíritu contempla a través de sus ojos y ve un mundo global, un mundo des-

centrado del yo y de lo mío, un mundo que exige atención, respeto, compasión y convicción, un Espíritu que despliega sus propios valores intrínsecos, y que sólo se expresa a través de la voz de quienes tienen el coraje de permanecer en el espacio mundicéntrico y no caer en compromisos inferiores más superficiales.

Diversidad y multiculturalismo

P: Lo cual está directamente relacionado con la actitud moral. Quiero decir que ése es el motivo por el cual se le denomina estadio postconvencional ¿no es así? La moralidad convencional es sociocéntrica mientras que la moralidad postconvencional es mundicéntrica y está basada en el principio del pluralismo universal.

KW: Así es.

P: ¿Y eso es lo que se llama multiculturalismo?

KW: Sí, pero tenemos que ser muy cuidadosos. En realidad, el multiculturalismo subraya la diversidad cultural, pero debe recordar que la actitud propia del fulcro 5 es muy infrecuente, muy elitista y muy difícil de lograr. ¡Dése cuenta de todo el camino que ha debido recorrer para alcanzar la actitud mundicéntrica!

Cuando usted ha evolucionado desde la perspectiva egocéntrica hasta la etnocéntrica y la mundicéntrica, no le resultará difícil comprender que todos los individuos son merecedores de la misma consideración y de las mismas oportunidades, sin importar raza, sexo o credo. La actitud universalmente pluralista es realmente multicultural y postconvencional. El problema es que la mayor parte de los individuos con los que se relaciona todavía son esencialmente egocéntricos o etnocéntricos y, en consecuencia, no comparten su universalismo. De este modo, usted se ve obligado a mostrar una tolerancia universal con individuos que no son igual de tolerantes con usted.

Es así como los multiculturalistas suelen terminar atrapados en varias flagrantes contradicciones. Veamos, para comenzar, su

afirmación de que no son elitistas o de que son antielitistas. Según afirma un determinado estudio, sólo el 4% de la población de Estados Unidos ha alcanzado la actitud pluralista postconvencional y mundicéntrica, una actitud, pues, muy infrecuente y muy elitista. Pero los multiculturalistas que afirman no ser elitistas deben mentir sobre su propia identidad, lo cual termina conduciéndoles por caminos muy ambiguos.

P: ¿Qué es lo que quiere decir?

KW: Desde su perspectiva descentrada y mundicéntrica, el multiculturalista aspira al noble objetivo de tratar a todos los individuos por igual -todo el mundo es igual-, pero soslaya el hecho de que *alcanzar esa actitud superior* constituye un logro muy infrecuente y, en consecuencia, suele ignorar el camino que conduce hasta ese nivel. Es por ello que el multiculturalista se ve atrapado en el extraño vínculo de tratar a quienes todavía *no* han alcanzado ese estadio con una actitud con la que ellos se limpian simplemente los zapatos.

Es por ello que los multiculturalistas afirman que tenemos que tratar por igual a todos los individuos y a todos los movimientos culturales puesto que ninguna postura es mejor que las demás, pero no pueden explicar por qué debemos huir de los nazis y del Ku Klux Klan. ¿Cómo podríamos, si realmente fuéramos multiculturalistas, rechazar a los nazis? ¿No es acaso todo el mundo igual?

La respuesta, obviamente, es que no todas las actitudes son equiparables. La actitud mundicéntrica es *mejor* que la etnocéntrica, la cual, a su vez, es *mejor* que la egocéntrica, porque cada una de ellas es más profunda que la anterior. Los nazis y el Ku Klux Klan son movimientos etnocéntricos que se basan en una mitología que afirma la supremacía de una determinada raza y, desde una perspectiva mundicéntrica, deberíamos juzgarlas como posturas *inferiores*.

Pero el multiculturalismo al uso no suele permitirse este tipo de *juicios* porque se niega a reconocer cualquier tipo de diferencias entre las distintas actitudes morales posibles. ¡Al afirmar que

todas las actitudes son iguales se niega siquiera la posibilidad de emitir ningún tipo de juicio!

Pero es curiosa, sin embargo, la intolerancia que suelen mostrar con quienes estén en desacuerdo con ellos. Ellos saben que la suya es una actitud noble pero, al no comprender cómo han llegado hasta ahí, tratan simplemente de imponerla a los demás. ¡Todo el mundo es igual! ¡Ninguna actitud moral es mejor que otra! Ese puñado de elitistas terminan tratando de desterrar a cualquier otro elitismo diferente al suyo, mostrándose sumamente intolerantes en nombre de la tolerancia, censurando en nombre de la compasión y justificando su estúpida postura con argumentos políticamente correctos. Si no fuera tan despreciable resultaría grotesco.

P: ¿Y ésta es la patología propia de este estadio?

KW: Eso es lo que yo creo. ¿Quién es usted cuando se adentra en la dimensión mundicéntrica? ¿Quién es usted cuando comienza a cuestionar su cultura, se distancia de los prejuicios sociocéntricos y etnocéntricos y se independiza de ellos? ¿Quién, exactamente, es usted, más allá de todos esos viejos y confortables roles? ¿Cuál es entonces su identidad? ¿Qué es lo que usted quiere de la vida? Ésta, en opinión de Erikson, es una «crisis de identidad», «la insania» o «la enfermedad» propia de este fulcro.

Y los multiculturalistas padecen una crisis de identidad global. Su postura oficial es que cualquier tipo de elitismo es malo pero su yo real es, de hecho, un yo elitista y, en consecuencia, se ven abocados a disfrazarlo y a distorsionarlo, a mentir, en suma.

De este modo pasan de afirmar que todo debe ser juzgado de manera equitativa y no egocéntrica, a decir que *nada debe ser juzgado* y que todas las posturas morales son equiparables... exceptuando *su propia* postura, claro está, que es superior a todas las demás, en un mundo en el que supuestamente no existe nada mejor que otra cosa. De ese modo es como terminan sosteniendo una postura elitista que niega su propio elitismo, una postura que *miente* sobre su propia identidad real. Y ésa es la forma que asume el falso sistema del yo propio de este estadio y la crisis de identidad correspondiente.

Ésta es la patología típica del fulcro 5, una patología de la mente adolescente que todavía sigue atrapada en una variante de la disociación del fulcro 5, del desastre de la modernidad, una postura que afirma haber superado ya a la modernidad pero que, no obstante, sigue completamente atrapada en ella y se ve obligada, por tanto, a mentirse a sí misma.

P: Parece algo espantoso, como el newspeak* de Orwell o la policía del pensamiento, que parece estar en todas partes y ha terminado secuestrando a todas las universidades de este país.

KW: Así es. Las universidades norteamericanas parecen haberse especializado en este tipo de multiculturalismo que está contribuyendo a la retribalización de Estados Unidos, alentando la fragmentación egocéntrica y etnocéntrica y la política de la injusticia, la política del narcisismo. Afirmer que todas las posturas son iguales supone afirmar la superficialidad preconventional y etnocéntrica. Este país está atravesando su propia crisis de identidad, podríamos decir... pero ése es otro tema.

El fulcro 6: La integración corpomental del centauro

P: Con lo cual llegamos al último gran estadio «ortodoxo», el estadio más elevado reconocido por los investigadores convencionales.

KW: Así es, el fulcro 6. Como muestran varias de las figuras que hay entre la 5. 2 y la 10. 1, la estructura básica de este estadio es visión-lógica, o lógico-global, una estructura de conciencia muy global e integradora. Es cierto que la conciencia operacional formal también es, en muchos sentidos, global e integradora, pero tiende a moverse con una lógica aristotélica muy dicotómica, del tipo esto o aquello.

* Término acuñado por Orwell en 1984 y que se refiere a una forma retórica en la que, bajo un disfraz de objetividad, se está sirviendo, de hecho, a objetivos políticos o ideológicos (N. del T.).

La estructura visión-lógica, por su parte, unifica a las partes separadas y ve redes de interacciones. Y cuando se ocupa de la obtención propia de la Mano Derecha produce, en general, teorías de sistemas objetivos. Pero cuando se asienta en una auténtica transformación interior - ¡una transformación sumamente infrecuente y ajena a la teoría de sistemas! - sirve de soporte a una personalidad integrada. En el momento en que el centro de gravedad del yo se identifica con la estructura visión-lógica, en el momento en que la persona vive desde ese nivel, su personalidad se integra y su yo puede comenzar realmente a asumir una perspectiva global y no simplemente hablar de ella.

De modo que la capacidad integradora de la estructura visión-lógica sirve de soporte a un yo integral. Ése es el motivo por el cual denomino *centauro* al yo propio de este estadio, un estadio en el que tiene lugar una integración entre la mente y el cuerpo, entre la noosfera y la biosfera, que configura un yo relativamente autónomo, un yo que ha superado el aislamiento, el atomismo y el egocentrismo, un yo integrado en redes de responsabilidad y servicio.

P: En este sentido, usted recurre con frecuencia a la investigación -poco conocida, por cierto- realizada por John Broughton.

KW: Son muchos los investigadores que se han ocupado de estudiar detenidamente este estadio, como Loevinger, Selman, Habermas, Erikson y Masterson, por ejemplo. Pero siempre me ha gustado el resumen de la investigación realizada por Broughton: «La mente y el cuerpo como experiencias de un yo integrado».

Esta frase resume perfectamente este estadio. Hay que decir, en primer lugar, que el yo de este estadio es *consciente* tanto de la mente como del cuerpo *como experiencias*. Es decir, el yo *observador* está comenzando *a trascender* la mente y el cuerpo y, en consecuencia, puede ser consciente de ambos como objetos de conciencia, como experiencias. No es que la mente contemple el mundo sino que el yo observador contempla, al mismo tiempo, la mente y el mundo. Éste es un paso muy importante

que, como pronto veremos, prosigue durante los estadios superiores.

Y, en segundo lugar, el hecho de que el yo observador esté comenzando a trascender la mente y el cuerpo, le permite, por ese mismo motivo, comenzar *a integrar* la mente y el cuerpo. Por ello le denomino «centauro».

En este fulcro, también nos encontramos con el mismo proceso trifásico que hemos visto en todos los otros fulcros, es decir, con la fusión inicial, la diferenciación posterior y la integración final. En este caso, la identificación inicial tiene que ver con la mente formal (fulcro 5); luego el yo observador comienza a diferenciarse de la mente y a verla como un objeto, y el hecho de haber dejado de estar exclusivamente identificado con la mente le permite integrarla con el resto de los componentes de la conciencia, con el cuerpo y con los impulsos. De ahí centauro, un estadio en el que la mente y el cuerpo constituyen experiencias de un yo integrado.

La locura aperspectivista

P: Usted también denomina al centauro nivel existencial.

KW: Así es. En este punto de la evolución usted se encuentra, por así decirlo, a solas consigo mismo. Ha dejado atrás la fe ciega en los roles y las reglas convencionales de la sociedad, ha superado ya la actitud etnocéntrica y sociocéntrica y se ha adentrado en un espacio mundicéntrico en el que...

P: ¿Este estadio es también mundicéntrico?

KW: A partir del estadio operacional formal (fulcro 5), todos los estadios son ya mundicéntricos o globales y en ellos puede asentarse el perspectivismo postconvencional y universal, un mundicentrismo que es cada vez mayor en la medida en que el sujeto va adentrándose en los dominios más profundos y genuinamente espirituales.

Pero no avancemos las cosas. En el nivel del centauro, en el nivel existencial, usted ha dejado ya de ser un yo egocéntrico y

etnocéntrico, usted se ha adentrado en un espacio mundicéntrico en el que, como demuestran los multiculturalistas, puede resbalar y malograr la libertad recién adquirida.

P: ¿A la que usted denomina libertad «aperspectivista»?

KW: Sí, ése es un término acuñado por Jean Gebser. La visión-lógica es aperspectivista en el sentido de que dispone de una multiplicidad de puntos de vista y no privilegia automáticamente ninguno de ellos sobre los demás. Pero cuando uno empieza a tener en cuenta todas las posibles perspectivas, todo comienza a moverse vertiginosamente.

La conciencia aperspectivista que proporciona la visión lógica puede llegar a ser muy desconcertante porque todos los puntos de vista empiezan a parecer relativos e interdependientes, no hay nada absolutamente fundacional, ningún lugar en el que apoyar la cabeza y decir ¡he llegado!

Pero el hecho de que todas las perspectivas sean relativas *no significa* que no haya puntos de vista más adecuados. ¡El hecho de que todas las perspectivas sean relativas no significa que unas no sean relativamente mejores que otras! La visión mundicéntrica es mejor que la etnocéntrica, la cual, a su vez, es mejor que la egocéntrica, porque cada una de ellas es más profunda que sus superficiales predecesoras.

Si olvidamos esto y sólo tenemos en cuenta la relatividad de las distintas perspectivas correremos el peligro de caer en una locura aperspectivista que termine paralizando la voluntad y el juicio. La afirmación de que «todo es relativo y de que no hay nada mejor ni peor que otra cosa» soslaya el hecho de que esta misma actitud es *mejor* que las actitudes alternativas, cayendo entonces en la llamada contradicción performativa. Y los multiculturalistas que ocasionalmente alcanzan el nivel visión-lógico suelen caer en la locura aperspectivista.

La dimensión aperspectivista a la que nos permite acceder la estructura visión-lógica no supone que el Espíritu se haya quedado ciego a lo largo del proceso, sino que está contemplando el mundo a través de infinitos y milagrosos puntos de vista, un nue-

vo descentramiento, una trascendencia más, una nueva espiral en el proceso evolutivo que trasciende al egocentrismo.

La antesala de lo transpersonal

P: Éstas son algunas de las virtudes del estadio existencial o centáurico.

KW: Sí. Uno de los rasgos característicos del >>> *real* de este estadio (el centauro) es precisamente que ya no se contenta con las distracciones convencionales y que, como dijo Kierkegaard, el yo ya no se consuela con lo trivial. La tarea fundamental del Pulcro 6 es la emergencia del yo auténtico, del yo existencial.

Pero para ello, como decía Heidegger, el yo finito debe morir y la magia, los dioses míticos y la ciencia racional no pueden salvarlo. El descubrimiento del auténtico ser-en-el-mundo búsqueda (de la auténtica individualidad-en-la-comunión) exige la asunción de la propia mortalidad y finitud.

Los existencialistas han llevado a cabo un análisis muy interesante del yo auténtico, del yo centáurico real -sus características, sus modalidades de existencia, su actitud en el mundo- y, más importante todavía, han investigado también las mentiras y la mala fe que impiden el logro de esa autenticidad. Mentimos sobre nuestra mortalidad y finitud creando símbolos de inmortalidad, vanos intentos de vencer al tiempo y existir eternamente en algún cielo mítico, en algún proyecto racional, en alguna gran obra de arte a través de los cuales expresamos nuestra incapacidad de afrontar la muerte. Mentimos sobre la responsabilidad de nuestras propias decisiones, prefiriendo considerarnos víctimas pasivas de alguna fuerza externa; mentimos sobre la riqueza del presente, proyectándonos hacia el pasado en la culpa y hacia el futuro en la ansiedad; mentimos sobre nuestra responsabilidad ocultándonos en la mentalidad del rebaño, perdiéndonos en el Otro, en el falso yo, elaborando engañosos proyectos para ocultarnos de la conmoviente verdad de la existencia.

Estoy completamente de acuerdo con este análisis porque, desde mi punto de vista, la autenticidad existencial no sólo es importante en sí misma, sino que también constituye un prerrequisito imprescindible para entrar en el ámbito de lo transpersonal sin el lastre de los mitos, las expectativas mágicas o los arrebatos egocéntricos o etnocéntricos.

P: Por eso el clima de los existencialistas es tan taciturno...

KW: Sí. Este nivel constituye clásicamente la morada de la angustia existencial, de la desesperación, de la ansiedad, del miedo, del sobresalto y de la enfermedad mortal ¡precisamente porque ha perdido todos esos confortables consuelos!

Y, dado que los existencialistas no reconocen ninguna esfera de conciencia superior a ésta, quedan atrapados en la visión existencial del mundo que restringe sus percepciones exclusivamente a lo que queda dentro de su horizonte.

De modo que para ellos constituye un verdadero honor abrazar las pesadillas existenciales con aterradora seriedad. Y si usted afirma la existencia de modalidades de conciencia que trascienden la angustia existencial, ellos responden que usted *debe* haber caído en algún tipo de negación de la muerte, de proyecto de inmortalidad, de falta de autenticidad o de mala fe. Cualquier afirmación de la existencia de una dimensión superior será recibida con una fría mirada y la vergonzosa acusación de «inautenticidad» caerá sobre su cabeza. Para ellos, hasta la misma *sonrisa* constituye una evidencia de falta de autenticidad porque rompe el círculo sagrado de la seriedad existencial.

P: Así pues, la fase de fusión del fulero 6 se halla atrapada en el centauro y en la visión existencial del mundo.

KW: Eso es lo que pienso. Y esa inmersión existencial se convierte en el único punto de referencia de toda realidad. Desde ese punto de vista, la angustia constituye el único referente de la autenticidad. Tal vez también sirva clavarse un clavo en la frente a modo de recordatorio, pero en ningún caso se le ocurra sonreír porque eso revelaría su inautenticidad.

En el nivel existencial, usted ya no se halla completamente anclado en el dominio de lo personal, lo personal ha comenzado a perder su sentido y a revelarse absurdo, pero tampoco se ha adentrado todavía en las dimensiones transpersonales de la existencia. ¿Qué motivos hay, a fin de cuentas, para sonreír? ¿Qué sentido tiene lo personal si uno está abocado a la muerte? ¿Para qué, pues, vivir en esas circunstancias?

Esta preocupación por el *sentido* y por la falta de sentido tal vez sea el rasgo central característico de las patologías propias del fulero 6 y de la terapia correspondiente, la terapia existencial.

Pero el hecho es que, como muestra la Figura 9. 3, el centauro constituye un yo integrado y autónomo y, en consecuencia, debería ser un estado feliz, pleno y gozoso y el sujeto debería estar continuamente sonriendo. Pero no es eso lo que ocurre sino que constituye un yo profundamente desdichado. Es integrado y autónomo... pero también miserable.

Ha probado ya todo lo que el dominio de lo personal puede ofrecerle y no le resulta satisfactorio. El mundo ha comenzado a devenir insubstancial y ninguna experiencia merece ya la pena. No se trata, por tanto, de que uno no haya conseguido alcanzar esas gratificaciones sino que, al contrario, las ha logrado todas, las ha experimentado todas y todas las ha descubierto igualmente decepcionantes.

Por ese motivo esta alma ha dejado de sonreír, porque es un alma a la que cualquier posible consuelo le sabe amargo. El mundo ha perdido su sentido en el mismo momento en que el yo alcanzaba sus mayores triunfos. Ha llegado el momento del banquete y el sujeto ha descubierto en él el sonriente y silencioso semblante de la calavera. En su momento de mayor esplendor la fiesta se ha revelado efímera. Las cosas que antiguamente proporcionaban tanto sentido, los deseos y las esperanzas más apasionantes se han desvanecido en el aire, se han evaporado en algún momento de la larga y solitaria noche. ¿A quién podré cantar canciones de alegría y exaltación? ¿Quién escuchará mis llamadas de auxilio en el silencio aterrador de la oscura noche? ¿Dón-

de encontraré la fortaleza para soportar los dardos y las flechas que a diario atraviesan mi costado? Y, sobre todo, ¿para qué intentarlo si todo termina convirtiéndose en polvo? ¿Dónde estaré entonces? ¿Qué importa, en esas condiciones, luchar o abandonar la lucha si mis objetivos vitales se desangran lentamente hasta la desesperación?

Para el alma existencial, todos los deseos han perdido su sentido porque, a fuerza de mirar cara a cara la existencia, ha terminado enfermando, el alma existencial es un alma para la que lo personal se ha convertido en algo completamente insubstancial, un alma, en otras palabras, que se halla en la antesala misma de la dimensión transpersonal.

12. LOS DOMINIOS SUPRACONSCIENTES: PRIMERA PARTE

P: Ahora podemos adentrarnos en los estadios transpersonales, en los dominios supraconscientes. Habíamos dejado el proceso de desarrollo en el nivel del centauro, un nivel en el que usted decía que el yo observador tomaba conciencia de la mente y del cuerpo y, en ese mismo sentido, comenzaba a trascenderlos a ambos.

KW: Así es. Esto es algo que, como ya hemos señalado, confirman hasta los investigadores ortodoxos, desde Broughton hasta Loevinger. En el estadio del centauro, el yo observador puede, en un sentido amplio, atestiguar o experimentar la mente y el cuerpo, lo cual significa que está comenzando a trascenderlos. Y, en la medida en que prosigue el proceso de evolución de la conciencia, va desplegando cada vez una mayor profundidad -o una mayor altura- ante el yo observador. ¿Qué es el yo observador? ¿Cuán profundamente puede ir o, dicho de otro modo, cuáles son las alturas a las que puede elevarse?

La respuesta que suelen dar los grandes sabios y místicos del mundo a esta pregunta es que el yo observador conduce directamente a Dios, el Espíritu o la Divinidad, que, en las profundidades últimas, nuestra conciencia intersecta con el Infinito.

El yo observador suele ser llamado Yo (con mayúsculas), Testigo, Presencia pura, conciencia pura o conciencia como tal, un rayo directo de lo Divino que, en opinión de los grandes sabios y místicos de todo el mundo, es el Cristo, el Buda o la misma Vacuidad.

Donde la mente queda atrás

P: ¿De modo que el Testigo es un emergente?

KW: No exactamente, porque la conciencia no es un emergente. El Yo, o el Testigo, ha estado presente desde el mismo comienzo como la forma básica de la conciencia en cualquiera de los estadios de desarrollo de los holones -ha estado presente como aprehensión, como sensación, como impulso, como emoción, como símbolo y como razón- pero va haciéndose cada vez más patente a medida que madura el proceso de crecimiento y trascendencia. En otras palabras, el Testigo, o la conciencia como tal, es simplemente la profundidad de todo holón, el interior de todo holón. Como ya hemos visto, la conciencia es profundidad, de modo que, cuanto mayor es la profundidad, mayor es el fulgor con el que resplandece la conciencia.

En el estadio del centauro, el Testigo observador se ha despojado de su identificación con el cuerpo y con la mente -los ha trascendido y los ha incluido. Es por ello que puede atestiguarlos y que «la mente y el cuerpo son experiencias de un yo integrado».

P: Está comenzando a trascenderlos.

KW: Así es. No hay nada oculto ni extraño en todo esto. Ya hemos visto que la identidad transita desde la materia hasta el cuerpo y, desde éste hasta la mente, distintos pasos sucesivos de un proceso de descentramiento y desidentificación con respecto al nivel anterior. Y, en el estadio del centauro, la conciencia simplemente está comenzando a *desidentificarse de la mente*, motivo por el cual puede contemplarla, verla y experimentarla. La mente ya no es un mero sujeto sino que está comenzando a con-

vertirse en un objeto... un objeto del Yo observador, un objeto del Testigo.

Por ese motivo las tradiciones místicas, contemplativas y yóguicas aparecen en el momento en que la mente nos abandona, en el momento en que el Yo observador comienza a trascender la mente, a ser transmental, supramental o supermental o, como también podríamos decir, transracional, transegoico o transpersonal.

Las tradiciones contemplativas se basan en una serie de experimentos sobre la conciencia. ¿Qué ocurre, por ejemplo, cuando usted trata de tomar conciencia del origen del Testigo? ¿Qué sucede cuando investiga en profundidad el origen de la conciencia? ¿Qué sucede cuando va más allá o detrás de la mente, hasta una dimensión que no se halla confinada al ego ni al yo individual? ¿Qué es lo que descubre en cada uno de estos casos? ¿Qué es lo que ocurre cuando usted reproduce ese experimento en su propia conciencia?

«Existe una esencia sutil que impregna toda realidad», comienza diciendo una de las respuestas más conocidas a esta pregunta, «es la realidad de todo lo que es, el fundamento de todo lo que es. Esa esencia lo es todo. Esa esencia es lo real. Y tú, tú eres eso.»

El Yo observador, dicho en otras palabras, termina desplegando su propio origen, que es el mismo Espíritu, la misma Vacuidad. Ése es el motivo por el cual los místicos sostienen que el Yo observador constituye un rayo de ese Sol que es el radiante Abismo, el sustrato último sobre el que se asienta la totalidad del Kosmos manifiesto. En esas profundidades, su Yo se funde con el Yo del Kosmos en una Identidad Suprema que eclipsa la totalidad del mundo manifiesto, una Identidad Suprema que desata el nudo del yo separado y lo eclipsa en su esplendor.

En cada uno de los pasos que conducen desde la materia hasta el cuerpo, la mente y el Espíritu, la conciencia, o el Yo observador, se desidentifica de su identidad exclusiva con una dimensión inferior más superficial y se abre a una dimensión más profunda, más

elevada y más amplia, hasta que termina abriéndose a su sustrato último en el Espíritu.

Y los distintos estadios del crecimiento y desarrollo transpersonal son fundamentalmente los estadios que sigue el Yo observador en el camino que conduce hasta su última morada, el Espíritu puro, la Vacuidad pura, sustrato, camino y gozo de todo el proceso de desarrollo.

Los estadios transpersonales

P: De modo que ¿existen diferentes estadios en el desarrollo transpersonal?

KW: Así es. En esos estadios superiores nos encontramos con un puñado de hombres y mujeres que se esforzaron -y siguen esforzándose- por ir más allá de la normalidad promedio impuesta por el sistema y ascender hasta alcanzar las dimensiones superiores de la conciencia, y, en esta búsqueda, se unen a un pequeño grupo, o sangha, de personas afines y desarrollan *prácticas, instrucciones o paradigmas* que despliegan estos mundos superiores, *experimentos* interiores, en suma, que permitirán que otros reproduzcan sus descubrimientos y verifiquen (o refuten) sus hallazgos. Ellos son quienes nos han legado los mapas de sus viajes interiores advirtiéndonos, al mismo tiempo, que no basta simplemente con memorizarlo y que ningún paseo sobre un mapa de las Bahamas puede reemplazar a un viaje sobre el territorio real.

Así es como hoy en día disponemos de mapas y caminos procedentes de todas las grandes tradiciones contemplativas, orientales y occidentales, tanto del Norte como del Sur, y podemos contrastarlos y compararlos. Y la gran mayoría de estos mapas no sólo son representaciones de la Mano Derecha (aptas, por tanto, para la charla erudita), sino instrucciones de la Mano Izquierda (que nos obligan también a *practicarlos*). Algunos de estos caminos son más completos que otros, los hay especializados en un

determinado nivel y también los hay, por último, que desmenuzan minuciosamente algunos de los niveles en decenas de subniveles.

La comparación intercultural, arraigada en la práctica, de todos estos mapas nos ha permitido elaborar un «modelo» que puede servir de mapa global de los distintos niveles superiores de conciencia de que disponen los hombres y las mujeres, un mapa de las *estructuras básicas* superiores de la conciencia que se hallan presentes de forma *potencial* en todos nosotros pero que todavía deben emerger, crecer y desarrollarse.

P: ¿Son muy complicados estos mapas?

KW: Bien. Ciertas tradiciones son tan sofisticadas que describen literalmente cientos de subniveles y componentes del desarrollo de la conciencia. Pero, basándose en el estadio actual de la investigación, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que *existen, al menos, cuatro estadios principales* del desarrollo y de la evolución transpersonal, cuatro niveles a los que yo denomino -como puede ver en la Figura 9. 1- *psíquico, sutil, causal y no dual*, cada uno de los cuales nos proporciona *una visión diferente del mundo*, a las que llamo, respectivamente, *misticismo natural, misticismo teísta, misticismo informe y misticismo no dual* (aunque hay que decir también, en este sentido, que lo no dual no es -como pronto veremos- un nivel, sino el trasfondo de todos los niveles, el papel en el que está dibujado el diagrama).

P: ¿Y se trata realmente de *estadios*?

KW: Las estructuras básicas son niveles discretos e identificables y sus visiones del mundo son muy concretas y difieren claramente entre sí (cada una de ellas posee una estructura, cogniciones, sensación de identidad, actitud moral, necesidades, etcétera, diferentes).

Pero, como siempre ocurre, debemos subrayar que la acción real no tiene lugar en la «escalera» sino en el escalador -en el sistema del yo- y en los distintos fuleros por los que atraviesa en su ascenso. Y el yo, como ya hemos dicho, puede estar en todas partes, puede tener, por ejemplo, una experiencia cumbre de

un nivel superior para luego terminar cayendo en su nivel real y presente. También puede ocurrir, por el contrario, que al vislumbrar los niveles superiores el yo experimente tal conmoción que termine *regresando* a aquellos fuleros inferiores a los cuales esté unido por algún tipo de fijación, represión o asunto inconcluso, como si se tratara de primitivos «puntos de anclaje» que se hicieran patentes cuando fracasara la traslación.

P: De modo que el desarrollo real del yo en los estadios transpersonales no es estrictamente lineal.

KW: No, no lo es. Cuando digo que el desarrollo de las estructuras básicas superiores -y de cualquier otra estructura básica- es escalonado, lo único que quiero decir es que se asemeja a una holoarquía anidada de esferas concéntricas. Pero ello no implica que el proceso de desarrollo sea tan lineal como el hecho de subir una escalera, sino que está salpicado por todo tipo de saltos hacia adelante, de retrocesos y de movimientos espiralados.

No obstante, el centro de gravedad del yo tiende a organizarse en torno a una determinada estructura básica superior predominante, tiende a *identificar* su centro de gravedad con una determinada estructura que, de ese modo, se convierte en su «base de asentamiento» -su fulcro principal-, alrededor de la cual giran la mayor parte de sus percepciones, de sus respuestas morales, de sus motivaciones, de sus impulsos, etcétera. Y el proceso de desarrollo de este centro de gravedad tiende a desplazarse a través de estas estructuras superiores a lo largo de una secuencia relativamente definida.

P: Las distintas tradiciones hablan de varios de estos estadios.

KW: Sí, esto es algo conocido por las distintas tradiciones espirituales. Ellas tienen sus propios estadios de crecimiento y desarrollo; ellas conocen las características de cada estadio, reconocen el progreso y reconocen también la regresión. Y, como Aurobindo, Plotino y Da Avabhasa han señalado, aunque sea posible acelerar la velocidad de este proceso, no hay modo alguno de soslayar la secuencia de pasos a seguir. Tal vez usted pueda tener una experiencia cumbre y dar un salto hacia adelante, pero el

hecho es que luego deberá volver atrás para consolidar e integrar ese estado. De otro modo, su centro de gravedad estará demasiado arriba, por así decirlo, y flotará cada vez más alto, corriendo el peligro de perder toda conexión con las estructuras inferiores (la mente, el cuerpo, la tierra y los sentidos).

El fulcro 7: El nivel psíquico

P: El primero de los estadios transpersonales es el estadio psíquico.

KW: En mi opinión, el nivel psíquico constituye un estadio de transición entre la realidad cotidiana ordinaria -sensoriomotora, racional y existencial- y los dominios propiamente transpersonales. Se trata de un nivel en el que, en ocasiones, aumenta la probabilidad de ocurrencia de los fenómenos paranormales, aunque, en mi opinión, no es ése su rasgo más característico sino el hecho de que su estructura profunda ha dejado ya de estar exclusivamente atada al ego y al centauro individual.

P: Veamos algunos ejemplos.

KW: En el nivel psíquico, una persona puede disolver provisionalmente la sensación de identidad separada (el ego o el centauro) y experimentar entonces lo que denomino *misticismo natural*, la identificación con el mundo ordinario o sensoriomotor. Tal vez usted mismo haya experimentado esta situación en alguna ocasión en que, paseando por la naturaleza, relajado y abierto, ha reparado súbitamente en que el observador había desaparecido y sólo había montaña, usted se había convertido en la montaña. En tal caso, usted ya no está «aquí» contemplando una montaña que está «ahí» sino que sólo hay montaña, una montaña que parece contemplarse a sí misma o, dicho de otro modo, es como si usted estuviera contemplando la montaña desde dentro, como si la montaña se hallara más próxima a usted que su propia piel.

Dicho de otro modo, en ese estadio no hay separación entre sujeto y objeto, entre usted y el mundo natural que se halla «fue-

ra de aquí», y dentro y fuera pierden todo significado. Pero *no* se trata de un estado psicótico de adualismo o de alguna «forma madura» de adualismo psicótico porque usted percibe con toda nitidez dónde termina su cuerpo y dónde empieza el entorno. En este estadio -la fase de fusión del fulcro 7- usted se ha convertido en un «místico de la naturaleza» y su Yo superior puede ser llamado Yo eco-noético, aunque algunos le llamen Sobrealma o Alma del Mundo.

P: Parece tratarse de un salto muy brusco, de un salto que lleva del centauro individual a la identificación con toda la naturaleza. No veo en él ninguna progresión evolutiva gradual.

KW: Eso es lo que parece a simple vista pero, de hecho, no existe ningún salto. Yo creo que la gente se confunde porque considera que el cambio de la identidad corpamental a la identidad con «la totalidad del mundo» constituye un salto muy abrupto.

Pero el hecho es que ese cambio no es tan brusco como parece. Veamos: en el estadio mundicéntrico del centauro, la conciencia ha pasado *ya* por la identidad con la dimensión material (fulcro 1), por la identidad con la dimensión biológica (fulcro 2) y por la identidad con el yo mental (fulcro 3), identidades, todas ellas, muy egocéntricas y narcisistas.

En el fulcro 4, sin embargo, la identidad se desplaza de lo egocéntrico (lo centrado en el yo) a lo sociocéntrico (lo centrado en el grupo) y la conciencia trasciende los aspectos meramente *individuales*. En este nivel, pues, la conciencia -la *identidad*- ya no es una identidad *corporal* sino una identidad de *rol*, una identidad colectiva basada en los roles culturales y en valores compartidos.

De modo que cuando usted dice, por ejemplo, soy un padre, soy una madre, soy un marido, soy una esposa, trabajo en tal cosa o me interesan tales otras, está moviéndose en el campo de las identidades transcorporales, identidades que trascienden las sensaciones individuales de su cuerpo y se hallan insertas en el ámbito de los roles, los valores y los objetivos intersubjetivos. La mayor parte de los ítems que, en ese estadio, definen su identidad

ya no son egocéntricos sino culturales y sociocéntricos. De modo que, cuando usted experimenta su «yo», lo que realmente está experimentando es un conjunto de eventos intersubjetivos porque usted ha dejado ya de existir dentro de su piel ha comenzado a hacerlo también en un determinado entorno cultural. Usted se ha descentrado y ha trascendido la identidad estrictamente ligada al cuerpo. ¡Ni siquiera puede llegar a pensar quién es fuera de ese círculo cultural que trasciende las fronteras de su piel!

Con el fulcro 5 y la aparición de la racionalidad, su identidad se descentra o expande una vez más, trascendiendo, en esta ocasión, toda identidad meramente etnocéntrica o sociocéntrica y asumiendo una identidad postconvencional y mundicéntrica. En este estadio, usted ha dejado de existir como ser etnocéntrico, le *duele* ser exclusivamente etnocéntrico y está identificado con una perspectiva global. En este estadio usted ha experimentado un nuevo descentramiento, una nueva trascendencia y su *identidad real* se halla inserta en una conciencia global y mundicéntrica que pertenece al ámbito de *todos* los seres humanos.

Éste es un nuevo paso hacia adelante en el camino que conduce a la experiencia real de su identidad esencial, no sólo con todos los seres humanos sino con todos los seres vivos. La conciencia global o mundicéntrica simplemente constituye un paso más hacia adelante, un paso que trasciende los prejuicios antropocéntricos y tiene en cuenta a todos los seres vivos. Es en este nivel donde usted experimenta el Alma del Mundo.

Y, si usted tiene en cuenta todos los pasos que ya ha dado a lo largo del proceso de expansión de su identidad, el paso que lleva de lo mundicéntrico al Alma del Mundo es más bien modesto, es la prolongación simple y natural del proceso evolutivo de trascendencia e inclusión, de despliegue y repliegue. Cada nueva emergencia constituye un descentramiento, una trascendencia que va descubriendo más aspectos del «mundo externo» como algo realmente «interno» y va integrándolos como una parte de su propio ser.

Es como si las moléculas se despertasen una mañana y descu-

brieran que los átomos están dentro de ellas, formando parte de su propio ser; como si las células se despertasen una mañana y descubrieran que las moléculas están en su interior y forman parte de su ser. Del mismo modo, usted también puede despertarse una mañana y descubrir que la naturaleza forma parte de usted, que literalmente se halla su interior. No es que usted forme parte de la naturaleza sino que la naturaleza forma parte de usted. Y es por ello que, a partir de ese momento, usted comienza a tratar a la naturaleza del mismo modo que trata a sus pulmones o a sus riñones. Es entonces cuando una ética ambiental espontánea brota de su corazón y le impide seguir mirando un río, una hoja, un ciervo o un petirrojo, con la misma mirada con la que antes lo hacía.

Tal vez esto le parezca muy extraño y muy lejano... hasta que llegue a experimentarlo. Pregunte, si no, a este respecto, a los astronautas del Apolo.

P: Tal como usted lo plantea parece tratarse de una progresión natural.

KW: Así es. Como ya he dicho, el paso del centauro al mundo nos parece muy radical porque tendemos a creer que el centauro constituye una conciencia individual exclusivamente *ligada al cuerpo* cuando, en realidad, el *único* estadio en el que la conciencia está atrapada en el cuerpo es el fulcro 2. ¡Cualquier estadio posterior ya ha trascendido la identidad meramente corporal!

Y, si tratamos de definir la conciencia transpersonal como el fruto de una transformación «de un-solo-paso», de una transformación que conduce desde «el ego encapsulado en la piel» hasta el Alma del Mundo, nos encontraremos con muchos problemas. ¡Porque, de hecho, no se trata de un proceso «de un-solo-paso» sino de un proceso, cuanto menos, de siete pasos! En el camino que conduce al Alma del Mundo hay, al menos, siete fulcros, siete grandes cambios de paradigma.

La ecología profunda y el ecofeminismo

P: Los ecólogos profundos dan mucha importancia al Yo profundo, al Yo eco-noético.

KW: Así es y, desde cierto punto de vista, soy un devoto admirador de su obra porque los ecólogos tienen un importante mensaje para el mundo moderno: descubra a ese Yo profundo que engloba la totalidad de la naturaleza y luego trátela con el mismo respeto con el que se trataría a sí mismo.

Pero es precisamente ahí, en mi opinión, donde creo que cometen un error, porque toman su experiencia del Yo eco-noético, del Alma del Mundo, y la reducen al cuadrante inferior derecho, concluyendo entonces que «todos nosotros somos hebras de la gran red», cayendo entonces en un holismo empírico -un holismo de la Mano Derecha- que sólo tiene en cuenta el ajuste funcional y termina destruyendo completamente todo tipo de dimensión interior. Estos teóricos reducen al Kosmos a un *mapa rnonológico* del sistema social -al que suelen denominar Gaia-, un mapa chato que no suele prestar atención a las seis o siete profundas transformaciones que conducen hasta el punto en que es posible concebir siquiera un sistema global.

En consecuencia, su noble y genuina intuición del Yo eco-noético queda reducida a la formulación de que «todos nosotros somos hebras de la gran red». Pero ésa *no es* exactamente la experiencia del Yo eco-noético, porque, en la experiencia mística natural, usted no es una hebra en la red sino que es la totalidad de la red. Usted está haciendo algo que una mera hebra de la red no podría hacer, escapar de su parcialidad, *trascenderla y fundirse* con la totalidad. Y el mismo hecho de que pueda ser consciente del sistema global evidencia precisamente que usted *no es* -como afirma esta postura- simplemente una de sus facetas.

De modo que «explicar» esta experiencia en términos de sistemas o de «redes-de-vida» es una forma muy pobre de *interpretarla*. Los ecomasculinistas prefieren los abordajes sistémicos mientras que las ecofeministas, por su parte, los desdeñan por

considerarlos demasiado masculinos y abstractos y abogan, en su lugar, por el ecosentimentalismo y los abordajes relacionales. Pero lo triste es que unos y otras se hallan asentados en el mundo monocromo de la localización simple.

Si uno sostiene ese tipo de chato reduccionismo termina creyendo que para transformar el mundo basta simplemente con conseguir que todo el mundo acepte su mapa monolítico, olvidándose de los seis o siete estadios interiores que el cartógrafo debe realmente atravesar hasta llegar al punto en el que realmente *pueda* acceder a esa perspectiva.

P: Algo parecido a lo que hacen los multiculturalistas.

KW: Efectivamente, algo parecido a lo que hacen los multiculturalistas. En tal caso, usted soslaya todos los estadios de trascendencia que le han conducido hasta este noble punto, con lo cual no sólo cierra la puerta a la misma trascendencia (¡el camino real!) sino que colapsa el complejo proceso de transformación a una transformación simplista «de un-solo-paso», en la que se supone que basta con estar de acuerdo con su mapa de Gaia para alcanzar la salvación. Y, como también ocurre con la mayoría de los multiculturalistas, los ecomasculinistas y las ecofeministas son muy intransigentes y muy beligerantes en su afirmación de que todos los estratos de la red son igualmente importantes, pero desdénan, sin embargo, a quienes están en desacuerdo con ellos.

El hecho es que no sólo debemos tener en cuenta las dimensiones de la Mano Derecha sino que también debemos considerar las dimensiones *interiores*, las dimensiones de la Mano Izquierda (el sustrato lingüístico y cultural, los métodos de interpretación, los diversos estadios de evolución de la conciencia, los intrincados niveles del desarrollo moral, los sucesivos descentramientos necesarios, los criterios de validación de la verdad, la sinceridad y la justicia, los grados de profundidad holoárquica, la jerarquía de identidad crecientemente expansiva, las técnicas de trascendencia, etcétera). Todas éstas son dimensiones propias de la Mano Izquierda ¡que se hallan completamente ausente, por cierto, de los mapas monolíticos propios de la Mano Derecha de Gaia!

Y es precisamente por esta misma razón que usted no encontrará ninguna discusión interesante sobre estos tópicos en los libros de ecología profunda, ecofeminismo o ecofilosofía, aunque el hecho es que, sin esos factores, difícilmente arribará al Nuevo Mundo porque ni siquiera sabrá cómo reclutar a los tripulantes y cuál deberá ser el rumbo a seguir.

P: De modo que la experiencia del Yo eco-noético puede ser muy genuina pero terminar siendo interpretada de una manera muy inadecuada.

KW: Eso es lo que creo. Y nosotros queremos rescatar la profunda intuición del Yo eco-noético y de la comunidad entre todos los seres dándole una interpretación más adecuada que *no* reduce todos los cuadrantes al inferior derecho, a «Gaia», sino que tenga en cuenta a los cuatro cuadrantes a través de los cuales se manifiesta el Espíritu. Creer que el meollo de la auténtica transformación se asienta en un mapa reduccionista del «nuevo paradigma» supone escamotear las dimensiones de la Mano Izquierda en las que realmente tiene lugar la transformación. Es por ello que este tipo de aproximaciones suele boicotear completamente la trascendencia y la transformación real, fomentando la retribalización de su propio nivel de adaptación, sin importar cuán superficial sea ésta. A fin de cuentas, cualquier persona que se halle en un estadio meramente egocéntrico puede vendernos un mapa gaiacéntrico.

P: De modo que no deberíamos olvidar el camino de la Mano Izquierda.

KW: Así es. No queremos quedar atrapados en un chato mapa holístico que, como ya hemos visto, *es* el paradigma fundamental de la Ilustración. Ése *es* el reduccionismo sutil que ha colapsado las dimensiones de la Mano Izquierda del Kosmos a las dimensiones de la Mano Derecha y ha terminado reduciendo todo «yo» y todo «nosotros» a «ellos» interrelacionados, toda profundidad interior al mero ajuste funcional y todas las dimensiones translógicas y dialógicas a lo exclusivamente monolítico. ¡De modo que la gran red holística de «ellos» interrelacionados

que poseen localización simple es algo completa y absolutamente chato!

Por esa razón -y por muchas más cosas- la mayor parte de los ecoteóricos son completamente fieles a la agenda de la Ilustración. Ya sé que ellos afirman sostener un paradigma radicalmente nuevo pero el hecho es que ese paradigma tiene dos o tres siglos de antigüedad y ya ha demostrado palpablemente su ineficacia. En su momento, ese paradigma no posibilitó la transformación y no hay ninguna razón para sospechar que ahora pueda hacerlo. Hace ya tiempo que los «ecoholistas» han prometido la transformación *y nunca* la han logrado. Ésta, de hecho, ha sido una de las expectativas de transformación más prolongadas de la historia.

Yo creo que algunos de ellos tienen una intuición genuina del Yo eco-noético, pero el hecho es que terminan reduciéndola a las dimensiones chatas y monológicas propias de la Mano Derecha, con lo cual no promueven la transformación global sino que, por el contrario, fomentan la retribalización y la fragmentación regresiva de la conciencia. Es como si este abordaje tuviera un punto ciego que les impidiera tomar conciencia de este hecho y que ésa fuera la causa que suele terminar convirtiéndoles en una aproximación *preconvencional* que alienta inconscientemente la conciencia *egocéntrica*.

El eneagrama y el esqueleto básico

P: Quisiera regresar a este punto cuando hablemos de la religión chata y de la religión de Gaia (Tercera Parte). Pero estábamos hablando del Yo eco-noético y usted decía que era una de las formas del nivel psíquico del desarrollo de la conciencia. ¿Cuáles son las otras?

KW: Todos los desarrollos del nivel psíquico comparten el hecho de tener un pie en el reino ordinario y personal y el otro en los dominios transpersonales. Y así, por más diferentes que pue-

dan parecer los distintos fenómenos psíquicos, todos ellos comparten la misma estructura profunda, una estructura que supone haber comenzado a trascender la realidad ordinaria, el cuerpo, la mente y la cultura ordinaria.

Algunos de estos fenómenos trascendentales incluyen estados meditativos preliminares: visiones y viajes chamánicos, el despertar de la energía kundalini (y el despliegue de toda la anatomía psíquica de los canales, energías y esencias sutiles), una sensación abrumadora de lo numinoso, el despertar espiritual espontáneo, la liberación de los traumas profundos del pasado (incluido el trauma del nacimiento), la identificación con determinados aspectos de la naturaleza (plantas y animales) y la identificación con la totalidad de la naturaleza (conciencia cósmica, misticismo natural y Alma del Mundo).

P: ¿Cómo sabe usted que estos fenómenos realmente existen?

KW: En la medida en que el Yo observador comienza a trascender al centauro, aparecen dimensiones más profundas o más elevadas de la conciencia y también emerge una nueva visión y un nuevo espacio del mundo. Y todos los ítems que acabamos de enumerar son objetos que pueden ser directamente percibidos en este nuevo *espacio psíquico del inundo*. Estoy hablando de cuestiones que son tan reales en el espacio psíquico como las piedras lo son en el espacio sensoriomotor o los conceptos en el espacio mental.

Si su cognición despierta o se desarrolla hasta el nivel psíquico, usted simplemente percibe esos nuevos objetos del mismo modo que percibe las rocas en el mundo sensorial o las imágenes en el mundo mental, meros datos que se presentan a su conciencia y cuya realidad es tan patente que usted no debe perder tiempo determinándola.

Obviamente, si no ha despertado y no ha desarrollado el nivel psíquico, no verá nada de esto, del mismo modo que una roca tampoco verá las imágenes mentales y, en tal caso, es muy probable que se le ocurran cosas muy desagradables sobre las personas que sí las ven.

P: Así que el nivel psíquico es simplemente un espacio más amplio del mundo en el que pueden presentarse un amplio abanico de nuevos fenómenos.

KW: Así es. Y lo mismo podríamos decir con respecto a cualquier otro espacio. Las estructuras básicas de conciencia que estoy subrayando, desde la inferior hasta la superior, no son más que el esqueleto de una realidad mucho más rica y compleja. Y, para encarnar este esqueleto, hay mucho trabajo que hacer, tanto en los dominios inferiores como en los dominios superiores.

Tomemos, por ejemplo, la teoría de las inteligencias múltiples de Martin Gardner, la idea de que el desarrollo no está ligado a un solo tipo de capacidad sino que depende de muchas facultades relativamente independientes (desde el talento musical hasta la capacidad artística, la matemática y la atlética, por ejemplo), una idea con la que estoy completamente de acuerdo. Y nosotros también podemos calibrar la distinta profundidad de estas capacidades evolutivas, capacidades que caen dentro de las estructuras del desarrollo de la conciencia de que hemos hablado pero que constituyen habilidades relativamente independientes y se despliegan siguiendo su propia lógica.

Si echa un vistazo a la Figura 9. 1 verá que cada una de las estructuras básicas sigue una línea curva de desarrollo creciente. Pero el hecho de que enumeremos la cognición sensoriomotora, por ejemplo, como el nivel 1, no significa, sin embargo, que su desarrollo concluya con la emergencia del nivel 2, sino que existe, por el contrario, la posibilidad de proseguir evolucionando hasta alcanzar habilidades sensoriomotoras ciertamente superiores. En este sentido, son muchas las personas que hoy en día reconocen la existencia de un «lado psíquico del deporte» (como ha señalado Michael Murphy, muchos grandes atletas y bailarines entran en espacios psíquicos muy profundos en los que alcanzan un rendimiento físico verdaderamente excepcional).

P: ¿Existe alguna correspondencia entre los diferentes tipos de personalidad y el espectro de conciencia?

KW: La mayor parte de las tipologías son configuraciones ca-

racteriales que pueden presentarse -y se presentan- en casi todos los niveles de conciencia (exceptuando ambos polos extremos). La más sencilla y la mejor conocida de todas ellas es probablemente la que diferencia el tipo introvertido del tipo extravertido, una diferencia que no se refiere tanto a niveles de conciencia como a los tipos que se presentan dentro de cada uno de los niveles. De este modo, usted puede hallarse en el nivel 4, por ejemplo, y ser un introvertido o un extravertido.

P: ¿Y qué puede decir con respecto al eneagrama?

KW: Exactamente lo mismo. El eneagrama nos presenta nueve tipos fundamentales de personalidad, que *no son* tanto niveles de conciencia como tipos de personalidad presentes en cualquiera de los niveles de conciencia. De ese modo, usted dispone de nueve tipos en cada uno de los nueve grandes niveles de conciencia. ¿Se da cuenta del aspecto que podría asumir un modelo espectral global auténticamente multidimensional?

En la medida en que la personalidad comienza a crecer y desarrollarse durante los tres primeros fulcros, tiende a instalarse en uno de los nueve tipos eneagramáticos, dependiendo fundamentalmente de las predisposiciones innatas y del principal mecanismo de defensa. Y estos tipos permanecen y dominan la conciencia hasta el fulcro 7 -en los comienzos de los dominios transpersonales-, en donde empiezan a transformarse en su correspondiente sabiduría o esencia.

P: ¿Qué quiere decir con eso?

KW: Esta idea está basada en la noción tántrica de la que nos hablan el sufismo y el budismo, de que, si usted se adentra consciente en un estado inferior -o incluso un estado manchado-, terminará transformando ese estado en su correspondiente sabiduría (si usted entra despierto en la pasión descubrirá la compasión, por ejemplo; si entra despierto en la angustia encontrará la claridad, etcétera). Las tradiciones nos proporcionan distintos ejemplos de estas transformaciones, pero usted puede ver el punto general que creo que es completamente válido. Del mismo modo, con el desarrollo superior, los tipos eneagramáticos posi-

bilitan también el despliegue de la esencia o sabiduría correspondiente.

El eneagrama no cubre muy bien las dimensiones sutiles ni las dimensiones causales. Pero el hecho de que incorpore la sabiduría psíquica transpersonal puede llegar a convertirla, en las manos adecuadas, en una poderosa herramienta de transformación. El eneagrama fue creado fundamentalmente por Oscar Ichazo, Helen Palmer ha trabajado mucho con él y Don Riso ha comenzado recientemente a utilizar los diferentes tipos eneagramáticos en conjunción con el espectro de conciencia, una visión que ciertamente apruebo. El «enfoque del diamante», de Hameed Alj, hunde sus raíces en el eneagrama y el sufismo pero le agrega sus propias, distintivas y útiles herramientas y perspectivas.

Hoy en día, sin embargo, el eneagrama está popularizándose en Estados Unidos y se está convirtiendo en un nuevo juguete psicológico, «¡Elija su número y descubra su verdadero Yo!», lo cual, por cierto, me parece sumamente desacertado.

P: Pero, en el mejor de los casos, los tipos y los niveles cubren las dimensiones verticales y horizontales, ambas importantes.

KW: Sí. En los niveles superiores puedo dar el ejemplo del modelo con el que Roger Walsh analiza al chamanismo. El modelo de Walsh recurre a una rejilla multidimensional, compuesta por los distintos niveles fundamentales del desarrollo transpersonal (psíquico/sutil, causal y no dual) -a modo de escala vertical- a los que entrecruza con una serie de variables (desde el locus de control hasta el arousal, el afecto y la capacidad de concentración) -a modo de escala horizontal-, con la que analiza los estados transpersonales, permitiéndonos así aumentar extraordinariamente nuestro conocimiento a este respecto.

Todos éstos son ejemplos de cómo ir articulando el esqueleto básico que estoy presentando, porque el hecho de que hayamos centrado nuestra atención en la evolución de este esqueleto no significa que otros aspectos no sean igualmente importantes.

Fulcro 8: El nivel sutil

P: ¿Qué es lo que ocurre cuando la evolución trasciende lo psíquico y se adentra en lo sutil?

KW: El nivel «sutil» simplemente se refiere a aquellos procesos que son más sutiles que la conciencia vigílica ordinaria, las iluminaciones y los sonidos interiores, las formas y pautas arquetípicas, las corrientes y las cogniciones extraordinariamente bellas (*shabd, nada*), los estados expandidos del amor y la compasión y también estados *patológicos* sutiles de lo que podría ser denominado terror cósmico, mal cósmico u horror cósmico, porque, como siempre ocurre, la dialéctica de la evolución implica que el desarrollo en el nivel sutil sea algo más complejo que pasar un día en la playa.

A todo este tipo de misticismo le denominamos *misticismo teísta* porque implica nuestra propia Forma Arquetípica, la unión con Dios o la Diosa, la unión con *saguna* Brahman, el estado de *nirvikalpa samadhi*, etcétera. Esta unión o fusión con la Deidad, esta unión con Dios -llamémosle como le llamemos- constituye el comienzo de la fase de fusión del fulcro 8.

Ya no se trata, por tanto, del misticismo natural, ni de la unión con el mundo grosero o natural -lo que los budistas denominan Nirmanakaya-, sino de una unión más profunda con las dimensiones más sutiles del Sambhogakaya, el cuerpo de beatitud interior, el cuerpo de transformación que trasciende e incluye al dominio ordinario o natural pero que no se halla limitado a él. De este modo, el misticismo natural termina dando lugar al misticismo teísta.

P: ¿Estos niveles se hallan plenamente presentes en los seres humanos antes de su emergencia? ¿Existen de forma potencial aguardando el momento de su emergencia?

KW: Plenamente formados no. Las *estructuras profundas* de esos niveles superiores se hallan presentes de manera *potencial* en todos los seres humanos, pero, en la medida en que van comenzando a desplegarse, sus *estructuras superficiales* reales van

siendo moldeadas *por los cuatro cuadrantes*, es decir por las pautas intencionales, conductuales, culturales y sociales.

Pongamos, a modo de ejemplo típico, a una persona que ha experimentado una intensa iluminación interior, una iluminación propia del nivel sutil (tal vez en una experiencia de aproximación a la muerte). Si esa persona es cristiana podría interpretarla como Cristo, como un ángel o como un santo, mientras que si es budista, por su parte, lo interpretaría como el Sambhogakaya o como el cuerpo de beatitud del Buda o si es junguiana lo haría como una experiencia arquetípica del Yo, etcétera. Como ya hemos dicho, *las profundidades deben ser interpretadas* y esas interpretaciones no son posibles fuera del *contexto* que proporciona muchas de las herramientas necesarias para llevar a cabo la interpretación. Es *inevitable* que el sustrato individual, el sustrato cultural y las instituciones sociales proporcionen el sustrato necesario para interpretar estas experiencias profundas.

Así pues, las estructuras superiores no son como pequeños tesoros enterrados en el psiquismo esperando el momento de aflorar a la superficie. Las estructuras profundas están dadas pero no ocurre lo mismo con las estructuras superficiales, y la experiencia misma tiene un componente interpretativo que no puede funcionar sin la existencia de varios sustratos, ¡sustratos que, por otra parte, simplemente *no existen* en su psiquismo!

Pero el hecho de rechazar la preexistencia de este tipo de estructuras no significa que tengamos que caer en el error contrario del constructivismo radical. La realidad básica de la experiencia interior de iluminación sutil no es algo que haya sido construido de manera arbitraria por la cultura, porque estas experiencias se presentan en todas las culturas aunque, en algunos casos, el contexto oficial las niegue o las prohíba.

Así pues, el hecho de que estas experiencias tengan un componente interpretativo no significa que sean meras creaciones culturales. Es cierto que cuando usted contempla una puesta de sol también aporta interpretaciones culturales a esa experiencia -románticas, racionales o lo que fuere- y que cada una de ellas

agrega un determinado tono a la experiencia, ¡pero eso no significa que el sol dejaría de existir si su cultura desapareciese!

Estamos hablando de acontecimientos ontológicamente reales, de eventos que existen y tienen referentes reales, aunque esos referentes, obviamente, no existen en el espacio sensoriomotor, ni en el espacio racional, ni tampoco en el espacio existencial, ¡así que difícilmente encontrará evidencia de ellos en alguno de esos espacios! Esas experiencias existen en el espacio sutil del mundo. *abí* es donde realmente podrá encontrar evidencias palpables de su existencia.

Jung y los arquetipos

P: Usted ha mencionado a los arquetipos sutiles, pero creo que no los entiende como si se tratara de arquetipos junguianos.

KW: Así es. Éste es un tópico muy complejo y no creo que tengamos tiempo de estudiarlo en detalle. La mayor parte de los arquetipos junguianos son imágenes primordiales heredadas colectivamente, formas básicas que existen en las dimensiones mágicas y míticas de la conciencia humana y que no deben, en modo alguno, ser atribuidas a los dominios psíquico y sutil.

P: ¿Qué es un arquetipo junguiano?

KW: Los arquetipos junguianos son imágenes básicas o formas psíquicas primordiales heredadas. Estas imágenes básicas o fundamentales representan las experiencias típicas comunes a las que se han visto expuestos los seres humanos en todo tiempo y en todo lugar, la experiencia del nacimiento, de la madre, del padre, de la sombra, del viejo hombre sabio, del mentiroso, del ego, del anima y del animus (masculina y femenina, respectivamente), etcétera.

Y los millones de millones de encuentros pasados con estas *situaciones típicas* han terminado sedimentando, por así decirlo, en el psiquismo de la raza humana esas imágenes primordiales, las imágenes comunes a todo ser humano a las que se refieren los grandes mitos de todo el mundo.

Y puesto que las formas rudimentarias de esas imágenes míticas impregnan el psiquismo individual, cuando usted se relaciona, por ejemplo, con su madre, no sólo está relacionándose con ella sino que también está haciéndolo con la Madre del Mundo, con la Gran Madre, una imagen arquetípica que se halla estampada en su psiquismo y puede, en consecuencia, tener un impacto sobre su conciencia completamente desproporcionado con respecto a la relación real que haya sostenido con su madre biológica.

El clásico análisis junguiano no sólo analiza e *interpreta* el inconsciente individual, los hechos concretos que le hayan sucedido a lo largo de la vida con su padre y con su madre, sino que también se ocupa de analizar e interpretar el estrato colectivo en el que se halla el material arquetípico.

Quizás, por ejemplo, haya usted activado el arquetipo de la Madre Devoradora -un arquetipo que no tenga nada que ver, por cierto, con su amorosa y atenta madre-, y tema verse engullido por el mundo de las relaciones, por la proximidad emocional o por la intimidad personal. Tal vez no se halle usted en las garras de la madre real sino de un arquetipo que se presenta en los sueños bajo la forma, por ejemplo, de una gran araña negra que trata de devorarlo.

Así pues, una de las cosas que tal vez deba hacer cuando analice el estrato arquetípico colectivo, es estudiar el nivel en el que se mueven las grandes tradiciones mitológicas del mundo, los encuentros primordiales típicos (y, por consiguiente, arquetípicos) entre los que se encuentra el maternaje. Ese conocimiento, en otras palabras, le proporcionará la comprensión necesaria para aproximarse más auténticamente a esas imágenes primordiales e interpretarlas del modo más adecuado. Entonces será capaz de *diferenciarse* del conmoviente impacto que provocan en su conciencia y podrá *integrarlas* más adecuadamente en su vida cotidiana.

P: ¿De modo que los arquetipos junguianos vienen a ser los depositarios de los encuentros colectivos primordiales típicos de la raza humana, por así decirlo?

KW: En su mayor parte. Y yo estoy plenamente de acuerdo con esta visión de los arquetipos junguianos. De hecho, estoy tan de acuerdo con la perspectiva junguiana que, en muchos sentidos, me considero un junguiano.

Pero el hecho es que *colectivo* no necesariamente significa *transpersonal*. La mayor parte de los arquetipos junguianos son, como ya he dicho, simples imágenes arcaicas que subyacen en las estructuras *mágica y mítica* y que, desde los fulcros, 2, 3 y 4, ejercen una presión sobre la conciencia. Y no hay nada especialmente transaccional o transpersonal en todo ello. Es importante tener en cuenta a los «arquetipos» para diferenciarlos e integrarlos (trascender e incluir), pero también debemos saber que no tienen nada que ver con la conciencia transpersonal o auténticamente espiritual. De hecho, la mayor parte de ellos son impulsos regresivos de la conciencia, lastres que impiden el desarrollo superior, precisamente lo que debemos superar, no aquello con lo que debemos identificarnos.

Repitámoslo una vez más, el hecho de que algo sea colectivo no significa que sea transpersonal. Existen estructuras colectivas prepersonales (mágica y mítica), estructuras colectivas personales (racional y existencial) y estructuras colectivas transpersonales (psíquica y sutil). Que una estructura sea colectiva significa simplemente que está presente de manera universal, como la sensación, la percepción, el impulso, la emoción, etcétera, y eso no es necesariamente transpersonal, sino simplemente *colectivo o común*. Todos nosotros heredamos diez dedos de los pies pero a nadie que tenga una experiencia de sus pies se le ocurrirá, por ello, afirmar que ha tenido una experiencia transpersonal.

P: ¿Que puede decir de libros tan populares como *Las diosas de cada mujer*, de Jean Shinoda Bolen? ¿Se trata de libros basados en motivos mitológicos o arquetipos o se trata, acaso, de libros espirituales?

KW: Depende de lo que usted entienda por «espiritual». Si con ello quiere decir «transpersonal» no lo creo. Yo no creo que esos libros sean especialmente transpersonales. He de decir tam-

bién que me gustan ese tipo de libros pero que no creo que haya en ellos mucho de genuinamente transpersonal o espiritual. En el libro del que usted ha hablado hay una excelente presentación de los dioses y diosas «arquetípicas» que heredamos colectivamente los hombres y las mujeres, desde la estabilidad y paciencia de Hestia hasta la sexualidad y sensualidad de Afrodita y la fortaleza e independencia de Artemisa. Pero esos dioses y diosas no son modalidades transpersonales o místicas de la conciencia, sino imágenes y roles típicos y cotidianos de que disponen los hombres y las mujeres, meros conceptos (fulcro 3) y roles (fulero 4) que representan potenciales comunes y típicamente disponibles de todo ser humano.

Yo no niego la utilidad de esos *roles núuticos*. Tal vez, como mujer, usted no sea consciente de su propia fortaleza e independencia y necesite estar más en contacto con la Artemisa que hay en usted. En tal caso, la lectura de los mitos e historias de Artemisa puede facilitarle el acceso a este estrato arquetípico de su propio psiquismo y despertar ese potencial en su propia vida.

Pero esto, que ciertamente es extraordinario, no tiene nada de transpersonal. Éste es un rol propio del estadio mítico-pertenencia, una persona, un tipo de relación del ego que no tiene, en consecuencia, nada que ver con lo transegoico, porque lo colectivo no es especialmente transpersonal. Una parte de la penuria espiritual de este país consiste en calificar de espiritual a algo tan prosaico como el hecho de establecer contacto con el fuerte ego de Artemisa, lo cual resulta ciertamente lamentable.

P: ¿Existen arquetipos junguianos que sean realmente transpersonales o transracionales?

KW: La mayor parte de los arquetipos junguianos, los arquetipos míticos, son prepersonales o, al menos, prerracionales (mágico y mítico), otros son personales (ego, persona) y unos pocos son difusamente transpersonales (el viejo hombre sabio, el Yo, el mandala). Pero esos arquetipos «transpersonales» resultan muy «anémicos» si los comparamos con los dominios transpersonales.

Ninguno de los mitos clásicos del mundo, por ejemplo, se refiere a los dieciocho estadios del desarrollo transpersonal de los que nos habla la tradición Mahamudra del budismo tibetano, ni tampoco encontrará nada que se asemeje a sus minuciosas descripciones de los estadios superiores en las historias de Zeus, Héctor o Caperucita Roja.

Porque el hecho es que esos dieciocho estadios del desarrollo contemplativo no tienen nada que ver con experiencias típicas, comunes y cotidianas, sino con estadios muy poco frecuentados del desarrollo transpersonal en los dominios psíquico, sutil y causal y, en consecuencia, son completamente ignorados por cualquiera de las mitologías clásicas del mundo. Hera, Demeter, Rizitos de Oro, Artemisa, Perséfone y Hansel y Gretel jamás alcanzaron esos estadios, por ello *nunca* encontrará referencias de esos estadios superiores en Robert Bly, James Hillman, Edward Edinger, Marie-Louise von Franz, Walter Odajnyk o cualquiera otro neojunguiano.

P: Esto ha confundido mucho los estudios religiosos porque, durante mucho tiempo, si usted estaba interesado en la psicología y en la espiritualidad, necesariamente tenía que ser junguiano.

KW: Así es. Como ya he dicho, los arquetipos míticos junguianos son muy reales y muy importantes. Pero al no diferenciar claramente entre los componentes prepersonales, personales y transpersonales de los arquetipos, Jung terminó abriendo la puerta a la confusión entre lo *colectivo* (y «arquetípico») y lo *transpersonal*, lo espiritual y lo místico.

Por ello, hoy en día, Jung tiende a representar un movimiento psicológicamente muy regresivo según el cual la conciencia se divide en dos grandes dominios, lo *personal* y lo *colectivo*, a lo que suele calificarse erróneamente como espiritual, místico y transpersonal.

Son muchos los teóricos cansados del perspectivismo racional postconvencional y mundicéntrico que abogan por una vuelta regresiva a lo egocéntrico, lo vital-impulsivo, lo polimorfo o el revival emocional-fantásmico y que confunden al yo propio del

fulero 2 con el «alma». Pero si les hiciéramos caso terminaría-mos buscando al Espíritu en aproximaciones que no sólo no es-tán más acá del ego sino que, de hecho, simplemente impiden su emergencia.

P: ¿Qué son, pues, los arquetipos «reales»?

KW: Desde las tradiciones neoplatónicas occidentales hasta el vedanta, el mahayana y el trikaya orientales, los arquetipos reales son las semillas-forma sutiles de las que depende toda manifes-tación. En los estados profundos de la conciencia contemplativa, uno empieza a comprender que el Kosmos emana directamente de la Vacuidad, de la Pureza primordial, de nirguna Brahman, de Dhar-makaya, y las primeras *Formas* que emergen de esta Vacuidad son las Formas básicas de las que depende toda forma inferior.

Los arquetipos reales -un término que significa «pauta ori-ginal» o «molde primordial»- son una Luz comparada con la cual todas las luces inferiores son meras sombras, una Beatitud comparada con la cual todas las alegrías inferiores son meros re-medos, una Conciencia comparada con la cual toda cognición es un mero reflejo, un Sonido primordial comparado con el cual todo sonido inferior es un simple eco.

Cuando encuentre este tipo de afirmaciones en Plotino, Asan-ga, Garab Dorje, Abhinavigupta o Shankara, tenga por cierto que *no se trata* de meras corazonadas teóricas o de simples postula-dos metafísicos, sino de revelaciones experienciales reales que aparecen directamente en la dimensión sutil de la realidad y que luego son *interpretadas* en función del *sustrato* de esos indivi-duos. Dicho de otro modo, el espacio sutil es el trasfondo del que *emana* esta realidad ontológica profunda.

Y si usted quiere saber de qué están realmente hablando esos hombres y esas mujeres deberá comprometerse con una práctica, una enseñanza o un determinado paradigma contemplativo y lle-var a cabo el experimento por sí mismo. Los arquetipos, los au-ténticos arquetipos, son una experiencia meditativa imposible de comprender hasta que realice la experiencia. *No se trata* de imá-genes que se muevan en el espacio mítico *ni* de conceptos filosó-

ficos que existan en el espacio racional, sino de experiencias me-ditativas que aparecen en el espacio sutil.

De modo que la experiencia meditativa puede proporcionarle los datos arquetípicos que luego deberá interpretar. Y la interpre-tación más comúnmente aceptada es que usted está contemplan-do las formas básicas y los fundamentos del mundo manifiesto, contemplando directamente el Rostro de lo Divino. Como decía Emerson, que los intrusos se quiten los zapatos porque nos aden-tramos ahora en los dominios del Dios interior.

